

El gato negro y otros cuentos de horror

Edgar Allan Poe



Aula de Literatura

DIRECTOR

Francisco Antón

ASESOR

Manuel Otero

El gato negro y otros cuentos de horror

Edgar Allan Poe

Introducción

Manuel Broncano

Notas, textos auxiliares
y actividades

Francisco Antón

Manuel Broncano

Traducción

Julio-César Santoyo

Manuel Broncano

Ilustración

Jesús Gabán

Aula de Literatura  Vicencs Vives

VICENS VIVES - EJEMPLAR DE MUESTRA - PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN

ÍNDICE

Primera edición, 1996
Primera reimpresión, 1997
Segunda edición, 1998
Reimpresiones, 2000, 2001
Tercera edición, 2002
Reimpresiones, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2007, 2008
2009, 2011, 2012, 2013, 2014, 2014, 2016, 2017, 2019, 2020, 2021
Decimonovena reimpresión, 2023

DL B 30.818-2011
ISBN: 978-84-316-6582-1
Núm. de Orden V.V.: RV96

Títulos originales:

“The Masque of the Red Death” (*Graham’s Magazine*, 1842), “The Pit and the Pendulum” (*The Gift: a Christmas and New Year’s Present*, 1842), “The Tell-Tale Heart” (*Pioneer*, 1843), “The Black Cat” (*United States Saturday Post*, 1843), “The Facts in the Case of M. Valdemar” (*American Review: A Whig Journal*, 1845), “The Cask of Amontillado” (*Godey’s Magazine and Lady’s Book*, 1846), “Hop-Frog” (*The Flag of Our Nation*, 1849) “The Fall of the House of Usher” (*Burton Gentelman’s Magazine*, 1839).

© MANUEL BRONCANO

Sobre la traducción, la introducción, las notas y las actividades.

© FRANCISCO ANTÓN

Sobre las notas y las actividades.

© JULIO-CÉSAR SANTOYO

Sobre la traducción.

© JESÚS GABÁN

Sobre las ilustraciones al texto literario.

© EDITORIAL VICENS VIVES, S.A.

Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la normativa vigente que lo modifica. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN.

INTRODUCCIÓN

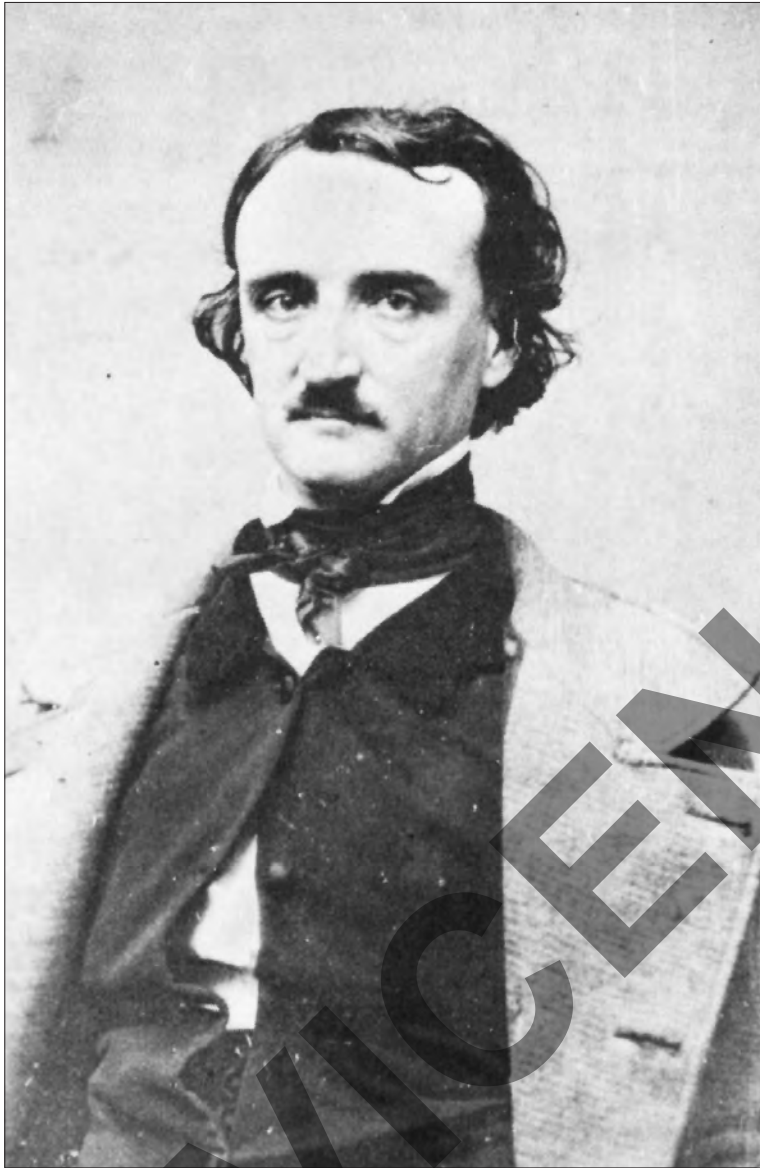
<i>Edgar Allan Poe</i>	VII
<i>Retrato del artista</i>	XXII
<i>Esta selección</i>	XXVII

EL GATO NEGRO Y OTROS CUENTOS DE HORROR

<i>El gato negro</i>	3
<i>El caso de Mr. Valdemar</i>	21
<i>El barril de amontillado</i>	37
<i>La máscara de la Muerte Roja</i>	49
<i>Hop-Frog</i>	63
<i>El pozo y el péndulo</i>	81
<i>El corazón delator</i>	107
<i>La caída de la casa Usher</i>	117

ACTIVIDADES

<i>Textos auxiliares</i>	3
<i>Análisis literario</i>	15



EDGAR ALLAN POE (1809-1849)

INTRODUCCIÓN

EDGAR ALLAN POE

En este volumen se recogen algunos de los relatos más inquietantes de Edgar Allan Poe, un escritor norteamericano del siglo XIX cuya obra goza hoy de una vigencia sorprendente. Cada uno de estos cuentos representa una exploración, siniestra y fatal, de unos personajes que se debaten entre la razón y la locura. Buena parte de estas narraciones retratan la miseria moral a la que puede llegar el ser humano, a menudo víctima inconsciente de sus propias obsesiones. La vida y la muerte no son aquí sino un juego en el que el hombre pretende igualarse a Dios, arrebatándole los poderes que le son propios. Los límites de la cordura aparecen tan difuminados que al final el mismo lector es incapaz de juzgar con precisión dónde se hallan, equiparándose así la ficción a la realidad en que todos nos desenvolvemos. Y es este cuestionamiento constante de la «realidad» uno de los muchos rasgos que hacen de Edgar Poe un precursor de la modernidad (o posmodernidad). Y es también una de las razones que explican la polémica que desde siempre Poe y su obra han suscitado, polémica en la que con frecuencia se ha confundido al autor con su obra, es decir, con esa galería interminable de personajes que encarnan las debilidades más inconfesables —y también las grandezas— del ser humano. Las páginas que siguen intentan deslindar la vida del escritor de su legado literario, aunque, como se verá, no siempre resulte fácil. No en vano Edgar Poe, romántico peculiar, buscó a menudo en su propia vida la fuente esencial de su

El gato negro

y otros cuentos de horror



El gato negro

No pido ni espero que crean el suceso, atroz como ninguno, aunque al tiempo tan doméstico, que voy ahora a relatar. Loco estaría yo, ciertamente, si lo esperara, cuando hasta mis propios sentidos rechazan lo que perciben. Loco no estoy, sin embargo, y desde luego no estoy soñando. Pero mañana voy a morir, y quisiera descargar hoy mi conciencia. Lo que me propongo es exponer sin más ante el mundo, con toda sencillez, sucintamente¹ y sin comentarios, una serie de hechos meramente familiares. Son sus consecuencias las que me han aterrorizado, torturado, destruido. Intentaré, no obstante, detallarlos. A mí solo me han aportado terror: a más de uno le parecerán más curiosos que terribles. Es posible, quizá, que con el tiempo algún intelectual dé una explicación trivial a mis fantasmas: alguien con una mente más tranquila, más lógica y mucho menos excitable que la mía,

¹ *sucintamente*: brevemente.

que solo vea en las circunstancias que yo detallo con espanto una sucesión ordinaria de causas y efectos muy naturales.

En mi infancia se me conocía por mi carácter dócil y bondadoso. Era tan llamativa la ternura de mi corazón que me convertí en el hazmerreír de mis compañeros. Sentía una particular atracción por los animales, de los que mis padres me permitieron tener en casa una amplia variedad. Con ellos pasaba casi todo el tiempo, y nunca era más feliz que cuando les daba de comer y los acariciaba. Esta peculiaridad de mi carácter creció conmigo y, ya de adulto, fue una de mis fuentes principales de placer. A quienes han cuidado con afecto a un perro fiel y sagaz apenas si necesito explicarles la naturaleza o la intensidad de la satisfacción que uno obtiene. Algo hay en el amor desinteresado y abnegado de un animal que llega directamente al corazón de quien con harta frecuencia ha comprobado la amistad mezquina y la muy frágil fidelidad de las propias personas.

Me casé joven, y fui muy feliz al descubrir en mi esposa inclinaciones nada diferentes de las mías. Al ver mi afición por los animales, no perdía ocasión de hacerse con los más agradables. Teníamos pájaros, peces de colores, un buen perro, conejos, un mono pequeño y un gato.

Este último era un animal de belleza y tamaño notables, todo negro, y de una astucia sorprendente. Al hablar de su inteligencia, mi esposa, que en el fondo conservaba ciertos tintes de superstición, aludía con frecuencia a la antigua creencia popular que en todos los gatos negros veía brujas disfrazadas.¹ No es que se lo to-

¹ En la Edad Media se creía que los gatos negros eran personificación de Satán, por lo que a menudo se relacionaban con la brujería. Quizá por eso Poe había escrito en un artículo de 1840 («Instinto y razón») que «los gatos negros son todos brujas». En el antiguo Egipto, por otro lado, a los gatos se los consideraba animales sagrados, y matarlos podía acarrear la pena de muerte.

mara nunca en serio: solo saco el tema a colación² porque por casualidad acabo de recordarlo.

Plutón,² que así se llamaba el gato, era mi compañero favorito. Solo yo le daba de comer, y él me seguía por toda la casa. Hasta me costaba trabajo conseguir que no me siguiera por la calle.

Nuestra amistad siguió así varios años, en los que, por intervención del demonio de la intemperancia³ (vergüenza me da confesarlo), mi temperamento y mi carácter sufrieron en general un cambio radical, para peor. Estaba cada día más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos de los demás. Me atreví a utilizar un lenguaje grosero con mi esposa. Hasta llegué con el tiempo a maltratarla físicamente. Los animales, lógicamente, también sufrieron las consecuencias de este cambio en mi carácter. No solo los descuidé, también los maltraté. Por Plutón sentía, no obstante, suficiente aprecio como para refrenar con él mi violencia, cosa que no tenía escrúpulos de hacer con los conejos, el mono e incluso el perro cuando por casualidad o por afecto se cruzaban conmigo. Pero la enfermedad se adueñó de mí (¡y qué enfermedad es el alcohol!) y a la larga incluso Plutón, que se estaba volviendo viejo y por ello algo irritable, incluso Plutón comenzó a sentir los efectos de mi mal genio.

De vuelta a casa una noche tras una de mis correrías por la ciudad, y bastante bebido, se me antojó que el ga-

² *sacar a colación*: mencionar un tema.

² Derivado del griego *plutos* ('riqueza'), Plutón es el nombre dado al dios romano de los infiernos o el interior de la tierra, por las riquezas en él encerradas. Equivale en la mitología griega al dios Hades. El nombre del gato tiene, por su asociación con el infierno y la brujería, un evidente valor simbólico.

³ *Intemperancia* vale por 'incontinencia, falta de moderación', que en este contexto se refiere a la 'tendencia al abuso del alcohol, alcoholismo'. Hay en ello un rasgo biográfico del autor.

to me evitaba. Lo agarré y, asustado por mi violencia, me dio un pequeño mordisco en la mano. La furia de un demonio se apoderó de mí. Ya no era yo. El alma de siempre pareció abandonarme de pronto y una maldad más que demoníaca, nutrida de ginebra, sacudió las fibras todas de mi ser. Saqué del bolsillo del chaleco una navaja, la abrí, agarré al pobre animal por el pescuezo ¡y muy adrede le vacié un ojo! Me sonroja, me consume, me estremece detallar esta execrable³ atrocidad.

Cuando con la mañana recobré la razón, dormidos ya los vapores de la orgía nocturna, experimenté una sensación mitad de horror, mitad de remordimiento, por mi culpa en tamaña brutalidad; pero fue a lo sumo un sentimiento leve y equívoco, que ni siquiera me rozó el alma. Volví a sumergirme en los excesos y pronto ahogué en vino todo recuerdo de aquella hazaña.

Mientras tanto, el gato se recuperó lentamente. La cuenca del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto deplorable,⁴ pero ya no parecía dolerle. Deambulaba como antes por la casa, pero, como era de esperar, huía aterrorizado cuando yo me acercaba. Me quedaba el suficiente corazón como para sentirme herido al principio por este evidente rechazo de una criatura que antes me había tenido tanto afecto. Pero este sentimiento pronto dio paso a la irritación. Y luego, como disponiendo mi caída final e irrevocable, apareció el instinto de la perversidad. La filosofía no se ocupa de este instinto. Pero menos seguro estoy de la existencia de mi alma que de que la perversidad es uno de los impulsos primitivos del corazón humano, una de las facultades o sentimientos primarios e indivisibles que dirigen el carácter del hombre. ¿Quién no se ha encontrado, cientos de veces, come-

³ *execrable*: despreciable, abominable.

⁴ *deplorable*: lastimoso, lamentable.

tiendo una acción vil o estúpida, sin más motivo que saber que no debe hacerla? ¿No estamos continuamente inclinados, en pleno uso de nuestra razón, a violar lo que constituye la Ley, por el mero hecho de ser la Ley? El instinto de la perversidad, repito, acabó de hundirme. Fue este insondable anhelo del alma por vejarse⁵ a sí misma, por violentar su propia naturaleza, por hacer el mal solo porque sí, lo que me impulsó a continuar y finalmente consumir el daño que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, le deslicé un lazo alrededor del cuello y lo colgué de la rama de un árbol: lo colgué con lágrimas en los ojos y con el más amargo de los remordimientos en el corazón; lo colgué porque sabía que me había tenido afecto, y porque sabía que en nada me había ofendido; lo colgué porque sabía que al hacerlo estaba cometiendo un pecado, un grave pecado que haría peligrar mi alma inmortal hasta colocarla, si tal cosa fuera posible, más allá incluso del alcance de la misericordia infinita del Dios más misericordioso y terrible.

El mismo día en que se cometió este hecho cruel, me despertaron por la noche unos gritos de fuego. Las cortinas de la cama estaban ardiendo. Toda la casa estaba en llamas. Con mucha dificultad pudimos escapar de aquel infierno mi mujer, un criado y yo. La destrucción fue total. Todas mis posesiones quedaron devoradas, y a partir de entonces me resigné a la desesperación.

Lejos de mí la debilidad de querer establecer una secuencia de causa y efecto entre este desastre y mi atrocidad. Pero estoy detallando una cadena de incidentes y no deseo dejar suelto ni siquiera un posible eslabón. Al día siguiente del incendio visité las ruinas. Las paredes,

⁵ *insondable*: que no se puede averiguar; *vejar*: maltratar, perjudicar.



todas salvo una, se habían derrumbado. La excepción era un tabique no muy ancho que se alzaba en el centro de la casa, y contra el que se apoyaba la cabecera de mi cama. Casi todo el enlucido⁶ había resistido allí la acción del fuego, lo que atribuí a que había sido recientemente revocado. Alrededor de esta pared se hallaba reunida mucha gente, que parecía estar examinando con minucioso detalle una parte muy concreta. Las expresiones «¡qué extraño!», «¡qué curioso!» y otras similares excitaban mi curiosidad. Me acerqué y vi, como grabada en bajorrelieve⁷ sobre la superficie blanca, la figura de un gato gigantesco. La imagen era de una precisión verdaderamente asombrosa. El animal tenía una soga alrededor del cuello.

Cuando vi por primera vez la aparición (pues apenas podría llamarla de otro modo), mi asombro y terror no tuvieron límites. Pero al cabo la sensatez acudió en mi ayuda. El gato, recordé, quedó colgado en un jardín adyacente a la casa. A los gritos de fuego, la gente había invadido inmediatamente el jardín: alguien debió de cortar la cuerda del árbol y arrojar el gato por la ventana de mi dormitorio, quizá con la intención de despertarme. La caída de otras paredes había aplastado a la víctima de mi crueldad contra el yeso recién extendido; y la cal, junto con las llamas y el amoniaco⁸ del cadáver, habían grabado el retrato que yo veía.

Aunque pronto justifiqué ante la razón, no así ante mi conciencia, el hecho asombroso que acabo de deta-

⁶ *enlucido*: capa de yeso o estuco con que se blanquea y se alisa una pared; *enlucir* es sinónimo del término que aparece poco después, *revocar*, aunque la acción en este último caso suele realizarse en una pared exterior.

⁷ *bajorrelieve*: figura esculpida o labrada sobre una pared, de la que sobresale muy poco.

⁸ *amoniaco*: gas procedente de la descomposición bacteriana de las proteínas.



llar, no por ello dejó de ejercer una impresión profunda en mi imaginación. Durante meses fui incapaz de librarme del fantasma del gato; y durante ese tiempo se reinstaló en mi espíritu un cierto regusto que parecía remordimiento, aunque no lo era. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal, y a buscar, por los antros⁹ de perdición que ahora frecuentaba, otro gato de la misma especie, y parecido a él, que lo sustituyera.

Una noche estaba yo sentado, medio ebrio, en un tugurio más que infame,¹⁰ cuando de pronto me llamó la atención un objeto negro en lo alto de uno de los enormes barriles de ginebra o de ron que constituían casi todo el mobiliario del lugar. Llevaba unos minutos contemplando fijamente el tonel, y lo que entonces me sorprendió fue no haber reparado antes en aquel obje-

⁹ *antro*: local de mala reputación.

¹⁰ *ebrio*: borracho; *tugurio*: establecimiento pobre y miserable; *infame*: vil, sin honra.

to. Me acerqué y lo toqué. Era un gato negro, muy grande, tan grande como Plutón, y muy parecido a él en todo salvo en un detalle. Plutón no tenía en todo el cuerpo ni un solo pelo blanco: este gato, sin embargo, tenía una gran mancha blanca, aunque imprecisa, que le cubría casi todo el pecho.

Al tocarlo, se levantó de inmediato con un fuerte ronroneo, se frotó contra mi mano, y pareció encantado con mi atención. Esta era, pues, la mismísima criatura que yo estaba buscando. Al momento le propuse al tabernero comprárselo, pero dijo que no era suyo, que no sabía nada, que nunca antes lo había visto.

Seguí acariciándolo y, cuando ya me iba a marchar, el animal se mostró dispuesto a acompañarme. Le dejé que lo hiciera, y de camino me inclinaba de vez en cuando para acariciarlo. Cuando llegué a casa se acostumbró en seguida, y muy pronto se ganó todo el favor de mi esposa.

Por mi parte, no tardé en sentir un incipiente¹¹ desagrado hacia él. Era justo lo contrario de lo que había imaginado: ignoro cómo o por qué su evidente afecto más bien me molestaba y enojaba. Poco a poco estos sentimientos de disgusto y enojo alcanzaron la amargura del odio. Evitaba a la criatura; cierto sentimiento de vergüenza y el recuerdo de mi anterior crueldad impedían que lo maltratara. Durante semanas no lo golpeé ni lo maltraté en modo alguno; pero gradualmente, muy gradualmente, llegué a mirar al animal con una aversión indecible¹² y a huir en silencio de su odiosa presencia como del hedor¹³ de la peste.

Lo que, sin duda, acrecentó mi odio fue descubrir, a la mañana siguiente de traerlo a casa, que, como a Plu-

¹¹ *incipiente*: que empieza, naciente.

¹² *aversión indecible*: aborrecimiento extraordinario, inexpressable.

¹³ *hedor*: olor pestilente, insoportable.

ACTIVIDADES

TEXTOS AUXILIARES

1. SOBRE EL CUENTO COMO GÉNERO LITERARIO

1.1

El cuento, según Poe

«Un artista diestro ha creado un cuento. Si es hábil, no habrá diseñado sus ideas para que se acomoden a los incidentes sino que, habiendo concebido cuidadosamente cierto efecto único, habrá inventado después los incidentes, combinándolos del modo más favorable para lograr ese efecto concebido de antemano. Si la primera frase no apunta a la consecución de ese efecto, significa que ha fracasado en el primer paso. En toda la composición no debería haber una sola palabra cuya tendencia, directa o indirecta, no sea hacia ese diseño preliminar. [...] Aquí, como en el poema, no es aconsejable la brevedad excesiva, pero debe evitarse más aún la longitud indebida.»

Edgar Allan Poe, «Reseña» de *Cuentos contados dos veces*, de Nathaniel Hawthorne (1842).

1.2

La unidad del cuento

«El autor se ceñirá tanto como pueda a la unidad de acción que desdiseña las peripecias inútiles, a la unidad de espacio que preserva una atmósfera original, a la unidad de tiempo, que concentra el drama, a la unidad de efecto que brota en la acción para estallar en el desenlace. [...] Toda la intriga se concibe en función del desenlace.»

Louis Vax, *Las obras maestras de la literatura fantástica*, Taurus, Madrid, 1981, p. 32.

1.3

Sobre la verosimilitud

«El narrador debe evitar [...] la expresión *franca y directa* [...] y reservar por tanto mucho a la imaginación; debe escribir como si el autor estuviera en posesión de la verdad y, no obstante, sorprendido

de la inmensidad de las maravillas que relata [...]; [debe recurrir] a la precisión de los detalles, especialmente sobre aspectos que no guardan una relación directa con el núcleo de la historia.»

Edgar Allan Poe, reseña de *Sheppard Lee*, de R. Montgomery, en T.O. Mabbott, ed., *Edgar Allan Poe, Collected Works. II. Tales and Sketches*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1978, p. XXII.

2. IMÁGENES DEL SUBCONSCIENTE

2.1

La dimensión psicológica de la obra de Poe

«Quizá el aspecto más fascinante de la obra de Poe para un lector contemporáneo sea el modo en que ilumina el mundo de la mente humana. Sus cuentos son únicos por la preocupación obsesiva que muestran con las regiones más oscuras de la mente, con viajes de pesadilla a zonas sin explorar de la vida mental y espiritual. Una y otra vez se reproduce en sus narraciones el motivo del descenso, real o simbólico, a los infiernos —un pozo, una tumba, una cripta...— con el que el héroe se libera del mundo exterior a la vez que pierde su identidad. [...] La viveza de las impresiones de Poe reside en su extraña habilidad para implicar al lector en los tormentos espirituales y psicológicos de sus personajes; el lector se hace partícipe de la experiencia traumática del narrador. El lector del siglo XX [...] comprende que bajo la costra gótica aparece una iluminación de la mente. Con dos guerras mundiales aún recientes, en un siglo que ha vivido la violencia y la tortura hasta extremos inimaginables, nosotros quizá podamos responder mejor a sus efectos que los críticos y lectores de su propia generación. Su habilidad para describir las profundidades del tormento psicológico, de descender imaginativamente al torbellino de la mente humana, de traspasar la tenue frontera entre la razón y la locura, es uno de sus mayores dones y continuará otorgando importancia a su obra durante los próximos siglos.»

J. R. Hammond, *An Edgar Allan Poe Companion*, Londres, The Macmillan Press, 1981.

2.2

Poe y el viaje al subconsciente

«La vida de Poe debió de ser una pesadilla más horrible aún de lo que sus relatos o cartas nos dan a entender. Sus escritos son un reflejo del tormento y la confusión interior que fue destruyéndole, y el hecho de que el dolor, la crueldad, el entierro prematuro y la corrupción —expresiones todas del deseo de morir— fueran obsesivos en Poe demuestran hasta qué punto había prendido en él el deseo de autodestrucción. [Pero, quizá por ello Poe fue el primero en] adentrarse en la inexplorada mina del subconsciente para liberar las extrañas y terribles imágenes que rara vez habían aparecido con anterioridad en letra impresa hasta que él las introdujo en su obra.»

P. Van Doren Stern, «Introduction», *The Portable Poe*, Penguin, Harmondsworth, 1983, p. XXXVIII.

2.3

Descripción clínica de la esquizofrenia

«El paciente, generalmente joven, empieza a mostrar una conducta anormal [...]; por ejemplo, [...] un trabajador que comienza a pensar que su jefe o sus compañeros le tienen ojeriza [...]. En ocasiones la enfermedad se inicia con un periodo de confusión y agitación [...]. El paciente empieza a pensar que ciertas cosas están relacionadas con él o tienen un significado especial [...]. Por ejemplo, si se encuentra a alguien conocido por la calle, piensa que le está espiando. Aumentan las sospechas hacia los demás: le miran de un modo peculiar, se ríen de él o murmuran a sus espaldas. [...] La percepción del paciente parece alterarse, ya que oye y ve las cosas distorsionadas. El mundo, o su entorno, le parecen anormales o al menos extraños. [...] Tan frecuentes, o más, que las ilusiones son las alucinaciones o percepciones que se producen sin ningún objeto o estímulo del entorno. En muchos casos las alucinaciones van precedidas, o acompañadas, por la sensación de que los propios pensamientos son audibles, que pueden ser oídos por las personas de al lado o incluso por las muy distantes. Un número muy elevado de pacientes oye voces que le acusan de ser espía, homosexual, o asesino.»

Silvano Arieti, *Interpretación de la esquizofrenia*, Nueva York, Basic Books, 1974, pp. 9-32.

3. CLAVES PARA ALGUNOS CUENTOS

3.1

Edgar Poe y los gatos

«La línea que separa el instinto de los animales y la razón de la que tanto presume el hombre es, sin duda, borrosa e incierta. [...] Posiblemente, la pregunta de si los animales inferiores razonan o no, no se podrá contestar nunca. [...] Mientras que en su orgullo y arrogancia el hombre insiste en negar esa capacidad de reflexión a las bestias, ya que el concedérsela parecería derogar su propia supremacía, sin embargo se encuentra siempre apresado en la paradoja de considerar el instinto una capacidad inferior, a la vez que se ve forzado a admitir en miles de ocasiones su infinita superioridad sobre la mismísima razón que considera su propiedad exclusiva. [...]

El autor de este artículo es propietario de una de las gatas negras más extraordinarias del mundo (y esto es decir mucho porque, como se recordará, todos los gatos negros son brujas). La gata en cuestión no tiene un solo pelo blanco [...]. A la parte de la cocina que más frecuente solo se puede acceder por una puerta, que se cierra con un pestillo. Estos pestillos son de construcción tosca y se necesita siempre cierta destreza para abrirlos. Pero la gatita tiene el hábito de abrirla a diario... Hemos observado esta hazaña singular muchísimas veces, siempre impresionados por la veracidad de la afirmación con la que comenzaba este artículo: que el límite entre el instinto y la razón es muy vago. La gata negra, al realizar su hazaña, debe de haber utilizado todas las facultades reflexivas y perceptivas que tenemos la costumbre de pensar que son cualidades exclusivas de la razón.

Edgar A. Poe, «El instinto contra la razón: una gata negra» (1840).

3.2

Un asesino describe el instinto de la perversidad

«Bajo las incitaciones de la perversidad actuamos por la razón de que no deberíamos actuar. En teoría, ninguna razón es más irrazonable; pero, de hecho, no hay ninguna más fuerte. Para ciertos espíritus, en ciertas condiciones llega a ser irresistible. [...] Esta invencible

tendencia a hacer el mal por el mal mismo no admitirá análisis. [...] Es un impulso radical, primitivo, elemental. [El narrador, condenado y desde la cárcel, relata entonces que asesinó impunemente a una señora, heredó su fortuna y vivió varios años tranquilamente hasta que un día, “en un acceso de petulancia”, se dijo:] “Estoy a salvo, estoy a salvo, si no soy lo bastante tonto para confesar abiertamente”. [Y esa insinuación] ahora se enfrentaba conmigo como la verdadera sombra de mi asesinado y me llamaba a la muerte.

Al principio hice un esfuerzo para sacudir esta pesadilla de mi alma. Caminé vigorosamente, más rápido, cada vez más rápido, para terminar corriendo. Sentía un deseo enloquecedor de gritar con todas mis fuerzas. Cada ola sucesiva de mi pensamiento me abrumaba de terror, pues, ay, yo sabía bien, demasiado bien, que pensar, en mi situación, era estar perdido. Aceleré más el paso. Salté como un loco por las calles atestadas. Al fin, el populacho se alarmó y me persiguió. Sentí entonces la consumación de mi destino. Si hubiera podido arrancarme la lengua, lo habría hecho, pero una voz ruda resonó en mis oídos, una mano más ruda me aferró por el hombro. Me volví, abrí la boca para respirar. Por un momento experimenté todas las angustias del ahogo: estaba ciego, sordo, aturdido; y entonces algún demonio invisible —pensé— me golpeó con su ancha palma en la espalda. El secreto, largo tiempo prisionero, irrumpió de mi alma.

Dicen que hablé con una articulación clara, pero con marcado énfasis y apasionada prisa, como si temiera una interrupción antes de concluir las breves pero densas frases que me entregaban al verdugo y al infierno. Después de relatar todo lo necesario para la plena acusación judicial, caí por tierra desmayado.»

Edgar A. Poe, «El demonio de la perversidad» (1845).

3.3

Una interpretación de «La máscara de la Muerte Roja»

«En sus ensayos, Poe describe el racionalismo [...] de su época como una “enfermedad”. Y eso es lo que significa la Muerte Roja. La huida de la Muerte Roja emprendida por el príncipe Próspero representa la huida de la consciencia del tiempo y del mundo por parte de la imaginación poética en busca del sueño. Los mil invitados al baile de disfraces del príncipe son exactamente lo que dice Poe que son: “sueños” o “fantasmas”, veladas y vívidas criaturas producto de

El gato negro y otros cuentos de horror

Las estancias oscuras y los subterráneos tenebrosos, la presencia amenazadora de personajes de psicología enfermiza y la atmósfera de pesadilla que impregnan los relatos de Edgar Allan Poe (1809-1848) se deben más a la mente atormentada de su autor que al género gótico en que se inspiró. En los cuentos del escritor norteamericano el espanto y el horror que atenazan al lector son con frecuencia el resultado de una exploración psicológica del subconsciente, de la indagación en los rincones más oscuros de la mente humana: de ella proceden las imágenes delirantes que inducen al asesinato a los protagonistas de algunos relatos («El gato negro» y «El corazón delator») y en ella se incuban los insanos deseos de venganza que culminan en crímenes atroces («El barril de amontillado» y «Hop-Frog»). Pero si locura y cordura se dan la mano en esos cuentos, en otros el horror es provocado por la razón o la pseudociencia («El caso de Mr. Valdemar») o por la lógica aniquiladora de la intolerancia y la tiranía («El pozo y el péndulo»). En todos estos relatos fantásticos, en fin, brilla el genio literario de Poe, maestro inigualado de cuentistas.

Aula de Literatura

La presente edición cuenta con las ilustraciones de Jesús Gabán, quien obtuvo el Premio Nacional por su trabajo artístico para este volumen. El libro va precedido por un prólogo y se completa con una parte final de propuestas de trabajo.

